

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- | | | |
|---------------------------------------|-----------|--|
| | 3 | Editorial. "Asumir, confesar, reconciliar" |
| <i>Gianfranco Ravasi</i> | 5 | "¡Contra Ti, contra Ti solo he pecado!"
(Salmo 51, 6) |
| <i>Cardenal
Godfried Danneels</i> | 13 | María, disponibilidad y actitud
de confesión |
| <i>Marie-France Begué</i> | 29 | Confesión y narratividad |
| <i>Carlos José
Hernández</i> | 39 | Acerca del confesar y los orígenes de
la psiquiatría |
| <i>Mons. Oscar Ojea</i> | 49 | Testimonio de un confesor |
| <i>Hubert Windisch</i> | 61 | Temas de esperanza y conversión. |
| <i>Daniel Manzuc</i> | 69 | La reconciliación en el mundo
de la cárcel |

Testimonio de un confesor

*Mons. Oscar Ojea**

Desde mis años del seminario, la expectativa y la ilusión de poder confesar algún día, aparecía ante mis ojos como el misterio más fascinante de mi futura vida sacerdotal. Conocedor del ímpetu de mi deseo, el querido Padre Esteva, que era mi director espiritual, me dijo: "Hay que penetrar primero en los secretos del corazón de Dios para conocer los secretos del corazón humano". De este modo yo iba haciéndome a la idea de que iba a entrar en el centro mismo de dos intimidades para ayudarlas a acercarse. A partir de mis primeros años ministerio me fue deslumbrando la realidad cotidiana de ser testigo, muchas veces mudo, del misterio de un Dios que se hace carne para sanarla por dentro y cobijarla en su corazón. Me maravillaba el poder asomarse al corazón del Padre misericordioso que abraza al hijo reencontrado y le ruega al hermano mayor participar de la fiesta y vivir la alegría de la fraternidad. Esta dulce tarea de actuar como servidor de este encuentro singular, me fue llevando a experimentar un conocimiento siempre inquieto e inacabado del corazón del hombre, "sagrado por la inocencia de su infancia, por el misterio de su pobreza y por la piedad de su dolor" (SS. Paulo VI, discurso de clausura del concilio Vaticano II).

Este conocimiento, aunque lejano y relativo, forjado por los años de escuchar y reflexionar sobre lo escuchado, me ha ido resultando una herramienta valiosa para ayudar al hombre a un encuentro más pleno con el Perdón. El confesor trabaja para que los obstáculos que impiden la reconciliación se allanen y den lugar a la paz y a la alegría que son los primeros frutos pascuales del sacramento.

* Párroco de la arquidiócesis de Buenos Aires.

Testimonio de un confesor

Con el tiempo fui entendiendo que todo el que se acerca hace una confesión implícita de fe al revelar el estado de su corazón ante un ministro, muchas veces sin conciencia clara de pecado, pero siempre con la conciencia de la propia limitación y del propio sufrimiento. De este estado interior surge el deseo de recurrir al Señor, semejante al de la mujer que padecía flujo de sangre y que pensaba que con solo tocar los flecos de su manto quedaría curada (Mc. 24. 24-34). Esta mujer representa muy bien al alma penitente. En primer lugar, busca un contacto íntimo con Jesús sin que la multitud que lo sigue lo perciba. Está sola con todo el peso de su vida y de su enfermedad. No profiere grandes voces, sino que desde su humildad piensa en si al menos sus dedos rozaran su manto, recuperaría la salud.

Muchas confesiones que recibimos comienzan con este deseo de entrar en contacto con Jesús, sin saber que decir ni qué hacer. Esto sucede tanto con confesiones que han intentado prepararse de antemano como con aquellas confesiones repentinas: "- Padre, ya que lo veo...". "No sé qué me pasó, vi luz en el confesionario y entré". Con frecuencia aparece como una fuerza repentina que lleva a contactarse con el deseo de estar solo frente a Jesús.

El saludo inicial de bienvenida y la cordialidad de quien se pone en disponibilidad para escuchar, es un modo de poner en relieve la valoración y el respeto de esta búsqueda de ser escuchado por parte del hermano y de entablar algún diálogo, aunque esa búsqueda se encuentre en estado inicial o a mitad de camino. Siempre pensé que más allá de mis cansancios, tendría que poder recibir a cada uno que me buscara para ser escuchado, como si lo estuviese esperando. Esta actitud abierta y fraterna, ayuda a que el hermano que se confiesa experimente que acaba de entrar en un espacio nuevo en el que toda su expresión va a ser contenida por una atención y una escucha que están más allá de mí y de él. El primer mensaje a su corazón sería: "- Lo único que tengo que hacer ahora es escucharte, y no me importa ninguna otra cosa". "- No como sos escuchado cuando pedís algo después de hacer una larga cola, o cuando le pedís cualquier cosa a alguien. Te escucho desde un lugar donde el tiempo es diferente porque lo marca el Señor de todo tiempo. Si te parece que hace mucho que no te confesás, la palabra de Dios dice que para Él mil años son como un día y un día mil años (II Pe. 3, 8) "de modo que para Dios sos el mismo que tomó la primera comunión, el mismo que te casaste ó te separaste. Es como si Dios te estuviera escuchando desde hace un segundo. Para Dios no hay tiempo".

Es fundamental la creación de un espacio en el que la escucha no sea el registro preciso de una cronología sino un ejercicio activo en el que perciba el latido más profundo que aparece velado en los rincones de la voz, en la expresión del rostro, en un énfasis que aparece de pronto y que está presentando la necesidad más honda, el dolor o la alegría más

intensa, la herida que más duele o la necesidad de agradecer. Esta sensibilidad en la escucha nos hace detener en aquello que merece la atención primordial y hacer lugar a lo que se impone sobre todo lo demás. Entonces desde allí, con el tiempo que se toma el quiere dar en el blanco, el que escucha puede con cautela, buscar la mirada de la misericordia de Dios sobre ese depósito que se le ha confiado y que aparece como prioritario en el corazón del que ha volcado su intimidad. Escuchar en el ámbito sacramental, no es solo anotar en una memoria que va computando los datos de una historia, sino ponernos en el lugar del otro como si fuéramos nosotros mismos y solo desde ese lugar, recurrir a los silencios y a las palabras oportunas que puedan aclarar, responder a cada necesidad y trabajar, para que el corazón que se pone en nuestras manos, descansa en la misericordia de Dios, aligerando su carga.

Hace algunos años al ir a confesarme, cuando había terminado de exponerle al confesor mis faltas y la situación en la que vivía, el padre me dijo: "Haga de cuenta que es usted el que está sentado en mi lugar y se le presenta un hombre como usted trayéndole lo que me acaba de decir, ¿Qué actitud tomaría? ¿Qué le diría?" No me resultó simple responder porque es difícil desdoblarse. No tratamos a los demás con el mismo rigor o con la misma negligencia y permisividad con que nos tratamos a nosotros mismos. De todos modos este ejercicio me resultó muy fecundo en mi búsqueda de escuchar mejor.

Las veces que he podido servir con mayor fruto a una reconciliación, se han dado cuando he tratado de identificarme con quien está delante de mí. Los dos somos hermanos, hechos del mismo barro, de modo que son más las cosas que tenemos en común que las que nos diferencian. Cuando he tratado de hacer pasar por mi corazón a las personas envueltas en las realidades concretas que presentan, encuentro pronto la manera de iluminar con la palabra de Dios cada vivencia, trayendo el consuelo de Su escucha y de Su respuesta misericordiosa mediada por la mía.

Muchas veces me he quedado sin palabras frente a algunas situaciones ante las cuales, por la hondura del sufrimiento, me ha resultado imposible acercarme a través de mi limitada experiencia de vida. Recuerdo a una mujer que al arrodillarse, me contó que había muerto su hija de quince años. Hablaba con la mirada perdida. Su voz revelaba que estaba atontada por el dolor. Alcanzó a decirme: "Era mi rayito de sol". Quedé paralizado. Las frases que solía decir sobre el misterio de la muerte y la entrada en la Vida, las palabras de consuelo y de esperanza, me habían abandonado. Solo podía acompañarla con mi silencio. Un silencio que viví como una búsqueda de comunión, como mi única posibilidad de acercamiento y que se tradujo solo en un gesto de tomarle las manos queriéndole asegurar mi compromiso de oración. Lo que más me conmovía era que ella ni siquiera preguntaba por qué. Solamente estaba allí, de rodi-

Testimonio de un confesor

llas, expresando su dolor incontenible. Al instante, resonaron en mi fuertemente, las palabras del libro de las lamentaciones (Lam. 1, 12) que la Iglesia en su tradición aplicó al dolor de la Virgen: "¡Todos ustedes, los que pasan por el camino, fíjense bien y miren si hay un dolor comparable al mío: a este dolor que me atormenta, porque el Señor ha querido afligirme en el día de su furor!"

Yo tenía que fijarme bien y mirar, y el resto tratar de llevarlo al silencio de la oración porque lo que había podido ver era sólo para Él.

Después de un tiempo, la señora volvió y luego empezó a venir mas seguido. Recién entonces pude leerle despacio la reacción de David ante la muerte del hijo que había tenido con Betsabé, en el que termina diciendo con el descarnado y contundente realismo de la fe: "¿Acaso podré hacerlo volver? Yo iré a él, pero él no volverá a mí" (II Sam. 12, 23).

Un enfermo del Centro Gallego que tenía 42 años y un cáncer de médula ósea, me pedía por la noche la comunión y confesaba: "Con mis hijos y mi mujer no puedo hablar. Pongo la cara que mejor me sale. Con usted en cambio, aprovecho y hablo de mi dolor que es lo más mío que tengo. En el fondo estoy muy enojado con Dios".

Es necesario dar lugar a que las heridas griten. Poner en juego la paciencia para sostener una escucha atenta. Esperar que salga todo afuera y tener la expresión adecuada de quien respeta de veras el dolor: "El sufrimiento humano suscita compasión, suscita también respeto y a su manera atemoriza. En efecto, en él está contenida la grandeza del misterio específico del hombre." (Salvifici doloris I, 4)... Es el misterioso dolor de Cristo en los miembros más dolientes de su Cuerpo, el que necesita ser expuesto. Este paso toma muchas veces la forma de queja y de rabia. Es que vivimos el sufrimiento como una verdadera injusticia. No hemos sido creados para él. Es en estas circunstancias cuando el ministro debe hacer aflorar toda su paciencia y prudencia. Estas crean la atmósfera para que, ante la sorda protesta de quien está sumergido en el dolor, aparezca la presencia muda de Cristo crucificado, compañero de camino de todos los que sufren en la carne la soledad y el abandono. Solo Él es capaz de contener, de aliviar, de consolar y de acercar al alma sufriente su compañía fiel y la luz de un sentido.

En el tiempo en el que atendía a este enfermo, estaba leyendo a Víctor Frankl. Su lectura me ayudó muchísimo a acompañarlo. Después de varios días fuimos tratando de encontrar un sentido a esta terrible enfermedad terminal. Así descubrimos que él estaba como en una cátedra en la que tenía la oportunidad privilegiada de enseñar a su mujer y a sus hijos, cómo se atraviesa la situación más difícil de la vida. Dado que los amaba de verdad, su sufrimiento se iba transformando poco a poco en una escuela de vida para sus seres queridos.

Era impresionante la intensidad y el valor que cobraba cada minuto en el que se me regalaba compartir su compañía. Al segundo de encontrarnos, a mí me parecía entrar en una comunicación tan profunda, que todas las cosas que me preocupaban quedaban pequeñas y lejanas. Nos hicimos muy amigos y tuve la dicha de estar muy cerca de él en el momento de su partida. Pese al breve tiempo que duró nuestro trato, su testimonio de fe me ha marcado muy fuertemente hasta el día de hoy.

Junto a estos casos en los que se vuelca una gran carga de sufrimiento y que casi siempre llevan una confesión implícita de fe, el espacio que se crea a través del sacramento da lugar también a una confesión de acción de gracias.

Cuando se lleva toda la vida al encuentro, muchas veces aparece una mirada intuitiva y sintética de nuestra historia, que hace surgir el deseo de dar gracias a Dios por tantos bienes recibidos. Es una toma de conciencia del don y comienza a fluir en el corazón del que se confiesa algo parecido a un magnificat: "Mi corazón se estremece de gozo en Dios mi Salvador porque ha mirado la pequeñez de su servidora" (Lc 1, 47-48). San Agustín dice que todos sus recuerdos son de acción de gracias. Él sabía bien que si algún mérito había en su vida era pura misericordia de Dios. "Merita mea, misericordia tua" (Mis únicos méritos son solo misericordia tuya).

Esta experiencia de la misericordia en el don recibido puede darse con ocasión de la celebración de un cumpleaños, al celebrarse un aniversario de bodas, algún acontecimiento en la vida de los hijos, o simplemente surge de un impulso espontáneo del corazón del cristiano que quiere hacer memoria de los bienes recibidos, expresándolo generalmente con mucha emoción. La confesión es un lugar en el que la mirada sobre la propia historia se hace más lúcida y verdadera por la presencia de la gracia. Es bueno poder estimular esta mirada de acción de gracias porque crea en el alma una disposición a la humildad que ayuda a ubicarse en un lugar más claro para la confesión de los propios pecados. Saber que la misericordia actúa no solo sanando sino regalándonos bienes, nos sumerge en el misterio del Amor de Dios que envuelve en un abrazo a toda nuestra persona tanto en sus partes más luminosas como en sus partes más oscuras...

El confesar tantas veces mis pecados y el escuchar confesiones, me han hecho ahondar en el misterio del pecado, que es un misterio de fe. Es profundamente humano. Mucho más nuestro que la fe, la esperanza y la caridad, que vienen de Dios.

Es verdad que en nuestra cultura ha crecido mucho la conciencia de los condicionamientos de nuestros actos. Las heridas y carencias vividas en nuestra historia familiar, determinan conductas, hacen ver más claramente los motivos de nuestra debilidad y tornan más comprensibles

Testimonio de un confesor

nuestras sombras. Sin embargo en una perspectiva que solo se puede entender con una mirada de fe, nada puede compararse al rechazo del Amor de Dios. La capacidad humana de autodestruirse, de negarse la auténtica felicidad, de persistir en una soledad vacía que niega la comunión, de empeñarse en no dejarse amar, pertenece a ese misterio oscuro del pecado al que no podemos mirar de frente porque no lo entenderíamos. El Santo Cura de Ars decía: "Si supiéramos lo que es el pecado moriríamos". Solo nos queda recostarnos en la luminosidad de la misericordia de Dios para abordarlo desde su perdón.

La Sagrada Escritura nos cuenta algunas historias de dos hermanos, cuyas características coexisten en cada uno de nosotros. Una de ellas la trae el evangelio de San Mateo (21, 28-31). Ante la requisitoria del padre a sus hijos para trabajar en su viña, el primero le dice que no quiere ir pero finalmente se arrepintió y fue. El segundo le dijo que iba pero no fue, siendo en realidad el primero el que cumple con la voluntad de Dios... Estas contradicciones e inestabilidades, son propias de nuestra condición de pecadores. Pero es sin duda la parábola del hijo pródigo (Lc. 15, 11-32) la que nos presenta mas claramente los perfiles de dos hermanos que sin duda conviven muy claramente en nuestro corazón.

En el hijo menor, no hay preámbulos, ni explicaciones ni despedidas. Ha decidido apropiarse de la parte de la herencia que le corresponde en vida de su padre y ejecuta sin titubear su determinación. En él, todo se da rápido. Mira por lo suyo y no le importa lo demás. El instinto dice que tiene una sola vida y que debe preocuparse solo de sí mismo.

Al respirar un clima de individualismo asfixiante, hoy esto nos resulta muy natural y muy nuestro.

Cuando estamos muy centrados en nosotros mismos, nos vamos muy lejos de casa, como el hijo menor. Sin embargo una cosa es pensar que somos autosuficientes y otra es vivirlo. El hijo menor, se encontró con el límite de la realidad, que le marcó la propia vida. Su mismo desamparado lo lleva a añorar la propia casa y toma la resolución rápida y sincera de regresar, venciendo tal vez su orgullo que podía haberlo llevado a no moverse de allí. Reconoce con humildad que no puede vivir sin el vínculo paterno.

En muchas confesiones he escuchado escondido en la voz y en los gestos, el cansancio de habernos sentido lejos de casa. ¡Cuanta fatiga interior trae nuestra misteriosa ansiedad por lo que no vale nada! Cuando volvemos, experimentamos que entramos en contacto con lo mejor de nosotros mismos y que vamos a descansar de verdad. No significa que antes no éramos nosotros sino que en el regreso a casa somos mas propiamente nosotros.

También coexiste en nuestro corazón de pecadores la figura del hijo mayor.

Justamente cuando está volviendo a casa, experimenta el contraste entre su cansancio del trabajo cotidiano y el ruido de la música que preanuncia la fiesta. Como si el venir de trabajar fuera tan sagrado que le impidiera tolerar el mínimo vuelo de una mosca. Lo irrita que esté sucediendo algo extraño que escape de su control y que esté fuera del orden habitual. Ya viene enojado y sus 'muros interiores' están levantados de antemano para impedir la comprensión de algo que sucede mas allá de él.

Su reproche al acerca del cabrito negado para hacer la fiesta con sus amigos, probablemente lo tendría guardado desde hace tiempo y estalla en ese momento con su carga de resentimiento y de celos.

Siempre queremos ser el "hijo elegido y único" y para demandar esto somos insaciables y nada nos alcanza. Si en algo nos hemos sentido dejados de lado, tenemos siempre muy presente esta herida y la agrandamos.

No hay en el corazón del hijo mayor ninguna consideración por el camino recorrido por su hermano, solo hace hincapié en sus pecados. Nunca lo esperó. No puede entender que en la fiesta haya un lugar para cada uno: "Hijo mío tu estas siempre conmigo y todo lo mío es tuyo" (Lc. 15, 31).

Es una tarea ardua para el confesor ayudar a tomar conciencia de que Dios nos ama a cada uno según toda nuestra capacidad de ser amados. La fría razón nos hace endurecer el corazón porque tenemos un modo limitado de entender la justicia. Cuesta mucho bajar las murallas interiores que hemos levantado después de juzgar y clasificar a los demás de un modo definitivo y absoluto. Es como si mirando tan detenidamente nuestra propia lastimadura, la hubiéramos tocado tanto que ésta se infectara y hubiera enfermado de rigidez e incomprensión todo nuestro interior.

Hay enojos que los penitentes traen, que deben ser descargados porque son a menudo fruto de presiones insoportables que brotan de injusticias objetivas o de tensiones que les presenta la dura realidad que tienen que vivir. Pero este enojo propio del hijo mayor, debe ser conducido con paciencia a la imitación de la actitud de Jesús, que se convirtió para nosotros en Hermano Mayor y para quien también todo lo que es del Padre es de Él ("Todo lo que es del Padre es mío") (Jn. 16, 5). Sin embargo, nos abre la Casa del Padre a todos para que cada uno tenga su lugar en la fiesta.

Se trata de abrir una ventana para dar lugar al perdón. El perdón al prójimo, al hermano, supone todo un proceso en el que intervienen el tiempo y la gracia. Poco a poco tenemos que dejar de concentrarnos en la ofensa y de repetir una y otra vez en nuestro pensamiento, como una escena reiterada, los gestos y las palabras que nos han lastimado, porque entramos en un callejón sin salida y nuestro dolor y enojo se agran-

Testimonio de un confesor

dan. Es necesario alejarnos de este lugar para poder mirar al otro desde su propia historia. Jesús en la cruz tuvo que buscar esta distancia mirando al Padre: "Padre perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34). Cuando podemos abrir este espacio que permite mirar la historia del otro con mayor distancia y objetividad dejando de lado la ofensa recibida, damos lugar a una nueva comprensión que nos puede llevar al perdón.

Siempre pensé que el confesor debería transparentar lo mejor posible la figura del Padre misericordioso que hace silencio cuando su hijo menor le reclama su herencia. Lo escucha y procede según lo escuchado respetando su libertad. Sufre en silencio su partida sin ninguna queja. Lo espera. Confía en que Dios trabaja con el tiempo. No se pone ansioso. No lo manda buscar. Expresa la misericordia con su cuerpo... "Lo vio y se conmovió". ¿Qué habrá visto en ese hijo pálido y enflaquecido, volviendo de lejos? Tal vez toda su historia desde chico. Desde que empezó a hablar y a caminar, hasta ahora. Lo abraza y lo besa. El abrazo expresa el deseo de envolver al otro con todo nuestro ser. Hay pocos gestos tan expresivos del amor. Lo acepta en su totalidad y lo estrecha en él para que descanse. Así como el abrazo es perdón, aceptación y descanso, el beso es toda la paz que se desea para el corazón del otro. El padre pone en primer plano la vuelta del hijo. Deja de lado la razón. No le pasa facturas. Lo manda revestir porque es un modo de expresar que quiere resaltar lo mejor de él en la fiesta. Es una celebración que debe superar a todas las anteriores. A todos los pasados cumpleaños, aniversarios, etc. La celebración del reencuentro es como tomarse una auténtica revancha de amor por todo lo padecido y extrañado en la vida anterior.

Sale para rogarle al hijo mayor que entre. No le importa rebajarse cuando se trata del amor sin medida para cada uno. No responde a su queja sino con una expresión de amor mayor: "Hijo mío tu estas siempre conmigo y todo lo mío es tuyo" (Lc 15, 31). No tiene una sola expresión de enojo para con él. No devuelve golpe por golpe. Solo le dice que lo quiere y le señala el lugar que ocupa en su corazón, invitándolo a abrir el suyo, y a entrar en la fiesta.

Reflejar la figura de este padre en el propio ser. Buscar que el penitente pueda sentirlo cercano en su paciencia, en sus gestos, en su voz, en sus silencios, debería constituir la máxima aspiración de todo aquel que escucha a un hermano, sirviendo de puente, como ministro de la misericordia, para el reencuentro con este Padre maravilloso que nos revela Jesús y que El ha hecho nuestro.

Para acercarnos del modo mas claro posible al misterio del pecado, es clave poder distinguir la culpa psicológica de la culpa moral. La primera responde a algo que es ancestral al hombre y de la cual no puede escapar. En este sentido la culpa, como el sufrimiento y la muerte, le son inevitables. Este "sentimiento de culpa", puede dejar huellas en la psiquis

que impidan el desarrollo pleno de la libertad y conspiren contra la salud mental creando obsesiones, temores y complejos. De allí que sea una intención legítima en el campo de la psicología, buscar el alivio de toda opresión culposa que detiene el crecimiento y la madurez de las personas. Esto pertenece al orden terapéutico propio de la salud humana.

La culpa moral, en cambio, radica en la interioridad más profunda del hombre en donde reside su relación con Dios y se juega su salvación. San Agustín decía que Dios estaba en la región más honda del alma: "Interior intimo meo", en lo más íntimo de mi misma intimidad. Allí se define el amor o el desamor del hombre por aquel peregrino de su corazón que se sienta junto a su vida y le pide de beber, del mismo modo que en el evangelio sienta, fatigado del camino junto al pozo de Jacob, y le pide de beber a la mujer samaritana (Jn 4, 5 y ss.).

Muchas veces, sin embargo se da una invasión abusiva del campo psicológico al campo moral, confundiendo una vivencia subjetiva que puede enfermar la mente e impedirle al hombre ser más plenamente sí mismo, con este misterio de fe que es el pecado, por el cual el hombre, seducido por el espíritu del mal, desprecia el Amor de Dios, rompe la comunión con sus hermanos y produce un daño objetivo en esa intimidad honda que en su conciencia está reservada para su relación con Dios.

Hoy nos detenemos mucho en algunas consecuencias del pecado que impresionan hondamente nuestro espíritu y esto es no sólo importante sino también comprensible, pero nada puede compararse al misterio de un Dios que ofrece su Amor y que es despreciado.

Pongámonos ahora en un plano exclusivamente religioso en el que el confesor es el mediador de un encuentro entre la misericordia de Dios de y el corazón del hombre que viene a presentar su culpa ante Dios para que la perdone y la quite. Es muy común que el penitente caiga en la trampa de aferrarse a un sentimiento de culpa que se mueve en un plano psicológico, para esconderse detrás de él y no dejar lugar a la entrada del perdón de Dios, creyendo engañosamente que el perseverar hundido en ese sentimiento, es lo único que lo justifica al colocarlo en una situación dignidad aparente. Es verdad que a todos nos gustaría presentarnos delante del Padre queriendo agradarle y haciendo un buen papel. Nos sentiríamos bien apareciendo como regalo prolijamente envuelto para Él y hasta con un buen moño para que esté contento y no reciba disgustos. Sin embargo este sueño de limpieza y prolijidad es imposible, aunque nos hiera duramente en el amor propio. Somos pobres, débiles y limitados. De allí que, al desagradarnos nuestro aspecto y nuestro ropaje, nos quedemos hundidos en la tristeza y en el descontento y con rabia con nosotros mismos, sin dejar espacio para que la misericordia de Dios nos penetre y nos cure. Es una de las tareas más difíciles para el confesor inducir al penitente a dejarse querer por Dios tal como es. Mostrar que Dios no se fija en nuestra ropa sucia y en nuestro desali-

Testimonio de un confesor

ño sino, como lo expresa admirablemente el salmo 51, en nuestro corazón contrito y humillado (Sal 51, 19). Y al ver esta disposición, quita el pecado. El salmo utiliza tres verbos: borrar, lavar y limpiar como si su Amor llegara por pasos a lo más hondo del alma para que no quede nada de la culpa (Sal 51, 3-4-). La misericordia de Dios es como un océano que se vuelca sobre la herida envolviendo totalmente la pequeñez de la persona. En un lago podemos hacer un dique, pero ponerle un dique al océano de la misericordia de Dios es imposible.

A pesar de esto, solemos hacer confesiones formales de nuestras faltas, sintiéndonos los únicos jueces de nosotros mismos. Es como si dijéramos: Dios podrá perdonarme porque es un padre bonachón e indulgente, pero en el fondo yo sé bien quién soy y qué hice. No estuve a la altura de la fidelidad conmigo mismo y con mis ideales. Entonces decido instalarme en la insatisfacción conmigo mismo como un autocastigo por mi conducta. Aquí va apareciendo una dimensión de la soberbia que es la raíz de todos los pecados. El pasaje por el sacramento se convierte en parte de un proceso de juicio y de castigo, cuyo ejecutor soy yo mismo, y al mismo tiempo en ninguno de sus pasos entro en diálogo con el Amor de Dios quedándome solo con mis propios criterios y exigencias personales.

Esta actitud es bastante común cuando se ha tenido una educación muy exigente en lo moral, pero divorciada de la fe en el Amor de Dios que para el Nuevo Testamento es el objeto de la fe "Nosotros hemos conocido el Amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él" (1 Jn 4, 16). Ha quedado una impresión subjetiva de horror frente a algunos pecados y a su condena social, pero la noción del Dios ofendido que perdona ha quedado dejada de lado.

La mirada humilde de sí mismo aceptando el abrazo de la misericordia de Dios, ubica al hombre en el verdadero lugar desde donde va tejiendo sus vínculos esenciales. Humildad es verdad.

El profundo desagrado que nos produce el no haber cumplido con ciertas metas de perfección moral y el fastidio interior que deja al descubierto nuestra pobreza, condicionan fuertemente nuestro trato con los demás. Descargamos generalmente con nuestro prójimo más cercano, el malestar que tenemos con nosotros mismos. Si pudiéramos medir la falta de proporción de muchas de nuestras reacciones con la débil envergadura de los sucesos que las han provocado, nos daríamos cuenta con facilidad de que nuestro previo malhumor interior está causando buena parte de nuestra ira volcada hacia los hermanos.

El arte del confesor deberá buscar los caminos para cambiar la mirada que habitualmente tenemos sobre nosotros mismos y hacerla menos rígida y más comprensiva, más humilde y realista. Es necesario sacrificar nuestra imagen de "cumplidores" de lo debido o de "exitosos"

en el logro de nuestras metas, en función de la aceptación de la realidad. Esto no es fácil porque cuidamos mucho nuestra imagen y negamos con frecuencia la verdad al sospechar que esta imagen puede resultar deteriorada. La aceptación de lo que no hemos podido alcanzar, de todo lo que nos muestra imperfectos, es fundamental para la conversión del corazón. Esta aceptación profunda de nosotros mismos delante de Dios, nos permite respirar una auténtica paz interior que nos lleva a ser más tolerantes y comprensivos con los defectos del prójimo porque también encontramos en ellos cosas parecidas a las nuestras a las que hemos podido mirar de un modo nuevo, más compasivo y más humilde.

Un compañero mío, con el que habíamos compartido un buen tiempo en el seminario, a los seis años de ordenado, tomó la decisión de abandonar el ministerio. Conmovido por la noticia y dada la amistad que nos unía, fui a visitarlo a la parroquia donde se encontraba. Ya todo estaba decidido y prácticamente estaba preparando sus valijas. Le quedaba muy poco tiempo para vivir sus últimas experiencias ministeriales. Cuando llegué, me dijeron que estaba confesando y lo esperé bastante tiempo. En verdad me extrañaba bastante que al estar por dejar el ejercicio del ministerio y en una situación tan tensa, estuviera escuchando confesiones. Cuando nos encontramos me dijo: "No me siento cómodo en ningún lugar de la parroquia con excepción del confesionario. Quiero despedirme de él agradecidamente porque en el fondo es el lugar de la Iglesia en el que más afecto he dado y he recibido".

Me impresiona hasta el día de hoy el testimonio de este joven sacerdote que ya no iba a confesar más, pero quería rendir tributo a este misterio tan grande en el que se entrecruzan de un modo admirable la fragilidad del corazón humano con la gracia de Dios.

Sólo el Señor, que conoce todos los caminos, sabe porque yo continué confesando y el no.

Tuve la dicha de haber ejercido el ministerio en parroquias con abundante vida sacramental. Como vicario parroquial estuve en San José de Flores, La Piedad, San Benito y el Patrocinio de San José y como Cura Párroco en Santa Rosa y en el Socorro.

Como en toda tarea humana hay días cansadores y otros más aliviados, días grises y días luminosos. Pero es enorme el bien que he recibido y cuánto me han enseñado tantas personas, especialmente las que llevan una vida de santidad escondida en la oscuridad de su vida cotidiana y están envueltas en situaciones que yo no podría vivirlas ni un solo día con tanta dignidad y tanta entrega. Muchas vivencias han sido depositadas en mi corazón, sostenidas por una admirable coherencia de vida y han alimentado mi espíritu por muchísimo tiempo. En esto he podido comprender de un modo palpable, de que modo la fuente de nuestra espiritualidad sacerdotal se encuentra en el ejercicio mismo del

Testimonio de un confesor

ministerio. Es imposible desligar en la práctica sacramental lo humano de lo sobrenatural.

Es indudable que las confesiones de Semana Santa tienen una intensidad particular que se manifiesta en el deseo de poner la vida delante de Dios, después de años de alejamiento. En Navidad he sido testigo de reconciliaciones en el orden familiar que parecían imposibles. El día de la Virgen, un 8 de diciembre, he podido ver muy de cerca el cambio de todo el sentido de la vida de una persona en un instante. Esta experiencia de ver cómo un corazón es tocado por la gracia, que en los tiempos fuertes de la liturgia adquiere singular intensidad, es el regalo más grande en la vida de un confesor. Nos sentimos instrumentos callados de un misterio que conmueve cada vez que somos testigos de él. Habíamos dicho al comienzo que la paz y la alegría son los primeros gestos pascuales de la reconciliación.

El confesor siente particularmente la vocación de dar paz. Decía el Cardenal Pironio: "Dios es paz porque es un eterno presente, Él no tiene ni pasado ni futuro. A nosotros en cambio el pasado nos trae muchas veces remordimiento y el futuro inseguridad". Como hombres, tenemos destino de eternidad pero estamos revestidos de tiempo. Nosotros, los sacerdotes, recibimos el corazón del hombre con las angustias y esperanzas propias del caminante y buscamos comprenderlo, para que se ancle en la confianza en Dios y su ansiedad encuentre descanso en la paz que solo puede darle ponerse totalmente en sus manos y de este modo abandonar su pretendida omnipotencia.

El Beato Juan XXIII en el Diario del alma dice que la mayor alegría que experimentó en su vida fue después de confesarse. El salmista la describe usando como imagen la repercusión somática de ese gozo singular "Et exultabunt ossa humiliata". Exultarán los huesos quebrantados (Sal 51, 10).

Querría dar gracias a Dios por haber acompañado tantas veces esta alegría siempre nueva que es como experimentar un sol potente en el corazón y que no sabe cómo agradecer ni cómo comunicar. Es el sol de la gracia que se impone sobre nuestras sombras cubriéndolas de amorosa luz, mientras nuestro interior, necesitado de silencio, se va acomodando poco a poco a esta nueva realidad que es la irrupción de Dios en nuestra vida frágil y vulnerable.

Al mismo tiempo también quisiera pedirle al Señor, que el haber escuchado en estos años a tantos hermanos, haya creado en mí el deseo de confesarme bien, para reencontrarme en el abrazo del Padre misericordioso, en ese insondable misterio de comunión que es la Iglesia.